



Análisis

Hubo susto gordo, inmenso, de los que no se olvidan, el pasado domingo en el Circuit de Montmeló cuando se vio volar por los aires la moto, hecha pedazos, de Àlex Márquez mientras él se golpeaba en el suelo durante metros y metros. Por fortuna, ya está en casa.

«Doctor, ¿cuándo podré volver a correr?»



Emilio Pérez de Rozas

X / Àlex Márquez Alentà



Àlex Márquez, en la hospital tras pasar por el quirófano, ayer.

No me quiero imaginar el sufrimiento que padeció ayer Marc Márquez, en su casa de Madrid, pocos minutos después de que subiese a sus redes una imagen en la que uno de sus fisios le trata el hombro derecho mientras en la pared de la habitación se ve un televisor con la imagen del GP de Montmeló, al presenciar el tremendo y escalofriante accidente que sufrió su hermano Àlex, su amado hermano Àlex, al empotrarse su moto en el colín de la KTM de Pedro Acosta, que se quedó sin motor, sin energía y casi flotando sobre el asfalto del Circuit como un cayuco a la deriva. Hace cinco meses, Marc y Àlex celebraban, en la cima del mundo, que uno era campeón y el otro, subcampeón del mundo. Hoy, ambos se lamen las heridas, esperando regresar a competir cuanto antes.

No me quiero imaginar el sufrimiento de Roser Alentà, la madre de los hermanos Márquez Alentà, en el rincón que escogió para sentir, intuir, que no ver, la carrera (probablemente estaba en el *motorhome* familiar), al sentir el estruendo que las 74.610 personas que llenaban las gradas emitieron como señal de que algo gordo ocurría.

No me quiero ni imaginar el susto (habrá sufrido tantos, ¿verdad?, pero a eso nadie se acostumbra y menos él, que cruza los dedos de su mano derecha durante toda la carrera) de Julia Márquez, el padre de las criaturas, al ver volar y destrozarse en el aire, en el asfalto, en la tierra, alrededor de su hijo Àlex, la Ducati nº 73 y al *Pistolero* dando volteretas cerca, muy cerca, del muro.

Un día le pregunté a Roser por qué sus hijos no tenían miedo. Y no, no me refería al miedo a morir, qué va, simplemente miedo. Miedo a subirse a la moto. Miedo a que les pasase algo. Miedo a tener que volver a salir a la pista después de una caída («hay que volver a subir rápidamente a la moto para que se te pase el susto», dicen ellos. Miedo a herirse para siempre. «¿Sabes por qué no sienten miedo? Porque dejaron de sentirlo a los cuatro años. Si tú dejas de sentir miedo a los cuatro años, ya no tendrás miedo nunca más. Y ellos hace mucho tiempo que tienen asumido el riesgo de ir en moto. Lo que sí tienen es mucho respeto por su profesión».

Una profesión dura y arriesgada

Todos los que envidian sus cuentas corrientes (solo una parte reducidísima del centenar de pilotos que forman las parrillas del Mundial de motociclismo ganan dinero, solo un puñado y cuando, por lesión, dejan de correr dos o tres grandes premios seguidos, ya no les pagan), sus coches, sus casas, su vida, su popularidad, su fama, deberían comprarles también el paquete, la mochila, que forman el riesgo, el peligro, el dolor, las le-

Àlex Márquez ya está en su casa tras ser operado el domingo. Por de pronto, se pierde los dos próximos GP

siones, las operaciones, las interminables sesiones de gimnasio, de rehabilitación, sus lágrimas, su vida monacal.

¿Sabes cuántas caídas ha sufrido Marc Márquez en sus 18 años en el Mundial? Las contó ayer, sí: 289, como poco, 16 cada año de media. ¿Por qué te caes tanto, Marc? «Porque es la única manera que conozco,

que se conoce, de saber dónde está el límite de la moto, de la pista, de ti mismo. Y, si no conoces el límite, jamás alcanzarás el máximo». ¿Sabes cuántas fracturas sufrió Jorge Martín en su tortuoso 2025? También las contó ayer: 19, entre ellas 14 costillas. ¿Y cuántas intervenciones quirúrgicas? Seis. ¿Sabes cuántas veces han operado a Marc Márquez del maldito hombro derecho? Ocho, sí, ocho. Hace escasamente tres años, me tomé un café, en el Institut Dexeus de Barcelona, con los doctores Àngel Charre y Xavier Mir, salvadores de cientos de pilotos. Les pregunté por qué consideraban que los pilotos de motos eran «los mejores pacientes». Y los dos, al unísono, coincidieron en los motivos de ese extraño calificativo.

Su excelente estado de salud les permite regenerarse y recuperarse de cirugías complejas a un ritmo inusual; tienen una necesi-

«¡No puedo frenar!», le dijo Marc al médico que le acababa de operar el hombro al ver que no podía doblar los dedos

dad y motivación urgentes por sanar para volver a la competición, lo que acelera su proceso de rehabilitación y, sobre todo, su mentalidad competitiva hace que soporten el sufrimiento estoicamente y no se dejen intimidar por el quirófano. A estos gladiadores del asfalto también hay que comprarles esa otra mochila. Cuando entran en el quirófano antes de ser anestesiados siempre preguntan al cirujano cuándo podrán volver a correr, en la misma mesa de operaciones.

Dicen que cuando el doctor Sánchez Sotelo, una eminencia, el cirujano que le re-compuso el húmero derecho a Marc, en una operación delicadísima en la clínica Mayo de Rochester (Minnesota, EEUU), subió a la habitación del campeón del mundo a los pocos minutos de operarle, le preguntó a Marc cómo se encontraba y Márquez estiró su brazo derecho, acercó su mano a la cara del doctor, trató de doblar sus dedos índice y corazón y le dijo: «Doctor, no puedo frenar».

Àlex Márquez se encuentra ya en su casa de Madrid, después de ser operado, el domingo, de la fractura que sufre en la clavícula derecha y tras comprobar que tiene una pequeña fractura en la séptima, cuya curación requiere, como poco, cinco semanas de absoluto reposo. Por de pronto, se pierde como mínimo los dos próximos grandes premios: Italia y Hungría. ■